



*La interlengua* es una novela breve, ágil, organizada en trece capítulos, todos numerados y con diferentes extensiones. El primer párrafo del texto nos instala en los ejes centrales que tendrán lugar a lo largo de poco más de ciento cincuenta páginas: el curso de idioma italiano y la vida de Amanda más allá del curso. De este modo, accedemos a la historia a través de una narradora en primera persona. Ella, junto con un grupo de argentinos y argentinas con diferentes actividades laborales (decorador de interiores, jugadora de básquet, médica de terapia intensiva, entre otras), tomarán clases de lengua italiana en el CUI (Centro Universitario de Idiomas de la Universidad de Buenos Aires). El profesor a cargo, Federico, es un personaje autodefinido como “bilingüe y binacional” (p. 7). Su tarea docente es poco ortodoxa desde el punto de vista de la formación didáctica y la práctica, dado que en la primera clase propone a sus estudiantes que se agrupen según el color de ropa interior que llevaban puesta. Más adelante, fiel a su estilo, un rato antes del segundo encuentro, les avisa por audio de *Whatsapp* que no podrá dar la clase y que, para reemplazarlo, una nativa italiana será la docente ese día.

Hay un tono particular para narrar y describir lo que ocurre que oscila entre la ironía y la descripción de la cotidianeidad de la extranjería sin caer jamás en los ecos intimistas y angustiantes que bien podría poseer. Ese tono sostiene el relato de la clase de lengua extranjera, sus aprendizajes, sus desafíos, sus lugares comunes, los compañeros de estudio y las estrategias de la enseñanza. Además de las anécdotas ocurrentes y graciosas que con este profesor sucederán, aparecerán dos cuestiones de gran trasfondo teórico didáctico en la enseñanza de las lenguas como lenguas extranjeras. La primera es la ponderación del error. El profesor los alerta: “... aprender un idioma es inevitablemente errar” (p. 7). Si bien el significado de errar es el que inmediatamente relacionamos con equívoco, falla, también podemos poner en diálogo la polisemia del infinitivo y asumir que aprender una lengua es vagar de un lugar a otro, de la lengua materna a la lengua meta y viceversa, constantemente. Mucho se ha estudiado sobre la consideración del error como indicador del nivel de interlengua del aprendiente, es decir, un signo que manifiesta una persona respecto del

sendero que construye el aprendizaje de la lengua extranjera. Mencionemos al respecto el estudio pionero de Pit Corder de los años 60, que puso de relieve el planteo anterior por primera vez en torno al significado que reviste para quien aprende una lengua extranjera.

En relación con la valoración positiva del error que el profesor hace en la ficción y el ánimo a equivocarse por usar la lengua, es que aparece el concepto de “interlengua”. Les anuncia a sus estudiantes: “Ustedes están en esa etapa ahora. Son niños que están aprendiendo a hablar y escribir. Un niño no sabe lo que es mesa, escucha esa palabra hasta que un día la entiende. Esto es la interlengua. Es este período de no entender, de no tener las palabras para nombrar los sentimientos y las cosas” (p. 14). Si bien este será un término relevante para el texto dado que dará nombre a la novela y, en relación con el concepto del error antes señalado será el otro pilar teórico del enfoque comunicativo para la enseñanza de lenguas incorporado por Larry Selinker (1969, 1972), no se lo vuelve a mencionar de manera explícita en el resto de la novela.

Volviendo a Federico, en su retorno al dictado de las clases, introduce una pelota “de plástico amarilla que hacía ruido y se encendía cuando se golpeaba” (p. 30), típico elemento del método *realia* (objeto real). La mención al método no aparece, pero sí la descripción de la tarea y el objetivo de esta: aprender los números. En otra oportunidad, el profesor, para trabajar con canciones, los dividirá en grupos a partir del color de calzado que llevan puesto. El componente musical en las clases será un recurso muy utilizado y, al mismo tiempo, valorado positivamente por la protagonista, quien reflexiona sobre las letras y las canta más tarde en su casa.

Paralelo al relato de las clases de italiano, Amanda introduce su dimensión más personal y biográfica previa a su presente como alumna. Así recuerda su llegada a Argentina sostenida económicamente por un trabajo de traducción del inglés al francés para la ONU y motivada por la búsqueda del sentido de la vida. También delimita el presente, fuera de la clase de italiano, en el que ella vive su vida con Mario. Él es un argentino separado

que tiene un hijo, Samuel de 9 años. Mario comparte la tenencia con su ex pareja, por esa razón varios días Samuel vive con Amanda y con él. Pero la narradora no se dedicará demasiado a los detalles de la vida familiar y volverá al motivo inicial: la clase de italiano. Declara en el capítulo cuatro que se anotó en el curso de italiano sin saber por qué. Algo relevante respecto de la motivación de Amanda para el aprendizaje de la lengua extranjera es el recuerdo de “todo lo italiano” que ha pasado en y por su vida pese a no haber pisado jamás suelo italiano. En el intersticio entre lo italiano y lo autobiográfico encuentra la respuesta de por qué eligió aprender esa otra lengua extranjera.

Amanda, a lo largo del libro, recorre su vínculo con el español. Cuenta que es la lengua que hablaban sus padres en casa. De este modo llega a abrir interrogantes de envergadura teórica que, depende a qué teorías se adscriba, podemos aproximarnos o no a una solución: “¿La lengua materna es la que uno escucha ni bien nace o también hay que saber hablar ese idioma? ¿Se puede tener dos idiomas maternos por más que no se entienda a los dos?” (p. 48) La ficción sigue adelante dejando al lector sin respuestas.

Uno de los conflictos principales de la novela aparece de manera repentina. Este es la vuelta del profesor titular, Vittorio Zanetti, al curso de italiano. Lo anterior ocasionará durante varias clases (y varias páginas) la salida narrativa de Federico. Lectores y estudiantes del curso se enteran de que Federico estaba “de paso”. Vittorio es un profesor más tradicional en comparación con el primero, es decir, ordena el desarrollo de sus clases en base a la propuesta del libro. Es puntual con el horario de sus clases y solicita a sus estudiantes constancia y disciplina. Hay una hipótesis de la narradora sobre un mal vínculo entre estos personajes; esto será el germen que alimentará más tarde la obsesión de la protagonista con su profesor. Establece una identificación, un paralelismo entre ella y Zanetti a partir del origen europeo de ambos. Por eso ella entabla contacto con él fuera de la clase. Café de por medio, él le pedirá que le traduzca unas cartas de amor de su abuela con un hombre francés que podría ser su abuelo.

Luego, en la historia aparece el recuerdo de los abuelos de Amanda y los motivos de su migración a Argentina. Siempre el relato se cruzará con anécdotas lingüísticas serias o menores. Así, irá desde el aprendizaje de español de su abuela y la posterior extinción de la lengua francesa por un ACV, hasta las palabras en francés que hacen a su identidad y la imposibilidad de traducirlas.

En relación con la clase de italiano, por el retorno del profesor titular, los estudiantes presenciarán una discusión entre ambos profesores en la cual, el suplente acusa a Vittorio de ser un ladrón. Todo se mantendrá en la incertidumbre respecto de las causas de tal acusación porque la clase será suspendida *motu proprio* del público, quien sintió que debía retirarse.

Hacia la tercera y última parte de la novela aparece la Copa Mundial de Fútbol Qatar 2022, posible referencia al momento de la escritura del texto. Este elemento irrumpe en el desarrollo normal del curso de italiano dado que hay que reprogramar clases porque los alumnos no asistirán los días que juegue Argentina. Este elemento es el nexo entre el curso y la vida privada de Amanda con Mario, su novio, dado que Mario es muy fanático. Para esto este personaje comprará camisetas, reorganizará su agenda, seguirá cábalas y, fundamentalmente, no verá ningún partido con ella.

Cerca encontraremos el final que poco tendrá que ver con las clases de lengua italiana, sin embargo, eso no hará perder el encanto que tejió en torno a estas. La conclusión que nos arroja es que el pacto de ficción se centró en un motivo poco frecuente en la literatura: la clase de lengua extranjera. Al mismo tiempo, la reflexión lingüística en clave plurilingüe y extranjera une a Mónica Zweig, autora novel, con otras mujeres escritoras relevantes (Sylvia Molloy, Tamara Kamenszain, Agota Kristof, Virginia Higa...) que también hicieron lo propio al respecto.

## Referencias

- Arfuch, L. (2002). *El espacio autobiográfico*. FCE.
- Corder, S. P. (1967). The significance of learners' errors. En *IRAL*, 5, pp. 161-170.
- Corder, S. P. (1981). *Error Analysis and Interlanguage*. Oxford University Press.
- Selinker, L. (1969). Language transfer. En *General Linguistics* 9, pp. 67-92.
- Selinker, L. (1972). Interlanguage. En *IRAL*, 10 (2), pp. 209-231.

## Nota biográfica

**Mariana Domínguez** es Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP) y Especialista en Enseñanza de español como lengua extranjera por la UNLP. Se desempeña como Jefa de trabajos prácticos en la cátedra de Gramática I y II del Departamento de Letras (FH, UNMDP) y profesora a cargo del curso de Español para extranjeros del Laboratorio de Idiomas (FH, UNMDP). Es investigadora del Instituto de Investigaciones sobre Sociedades, Territorios y Culturas. Es evaluadora y correctora del examen internacional CELU (Consortio ELSE CIN). Actualmente se desempeña como secretaria del Departamento de Letras (FH, UNMDP).